

ISBN 978-950-33-1657-3

Compilación de:
JUAN M. CONFORTE
NATALIA LORIO

La vía de lo inútil. Aportes para una revolución improductiva

La vía de lo inútil

Aportes para una revolución improductiva

Compilación de:

Juan M. Conforte

Natalia Lorio

**Colecciones
del CIFFyH**



La vía de lo inútil : aportes para una revolución improductiva / Fabián Fajnwaks ... [et al.];
compilación de Juan Manuel Conforte; Natalia Lorio; ilustrado por Santiago Caruso. - 1a ed.
- Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1657-3

1. Psicoanálisis. 2. Filosofía Contemporánea. I. Fajnwaks, Fabián. II. Conforte, Juan Manuel,
comp. III. Lorio, Natalia, comp. IV. Caruso, Santiago, ilus.

CDD 150.19501

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

Imagen de portada: Detalle de la obra *Lies Beneath* (2012) de Santiago Caruso

2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Una delectación asaz estéril

Andrés L. Petric*

Un pasaje del seminario *La ética del psicoanálisis* desliza rápidamente la alusión a las elucidaciones literarias, insuficientes según Lacan, de *un escritor no carente de talento*, cuyo nombre es escamoteado tras el título de su célebre trilogía *Sexus, Plexus y Nexus* (sic.). En este artículo buscaremos algunas fricciones en el devenir de las investigaciones del psicoanalista francés y de este literato americano, en torno a lo bello, la obra de arte, lo obsceno, la guerra y otras urgencias que en su momento constituían el orden del pensamiento de vanguardia.

Una Centella en el lugar de la nada!

Paul Valery

Una noción que condiciona, lo sepamos o no, nuestras vidas y funciona como muralla erigida en horizonte de referencia, es la idea de barrera o límite, como aquello que se impone entre un campo y el otro; el campo del bien y el del mal, de lo justo o injusto, o lo que queramos poner en oposición. Es esquemático, pero se ilumina distinto con algunas lecturas de Jacques Lacan.

Si despejamos términos y dejamos solo lugares, lo que cobra relevancia es la oposición, y si esta asume el tono de interdicción, aviva, vivifica inevitablemente la pregunta por un más allá. Es el más allá que cobra cuerpo con el umbral, el límite y la barrera. Lo más intenso, lo auténticamente vivo, lo deseable en exceso, así como lo más horroroso, desagradable, humanamente insoportable, se arrinconan a partir de este más allá (J-A. Miller, 2008).

El paso obligado pareciera ser la urgencia del atravesamiento, junto a los temores y admoniciones que este agita; el llamado de la transgresión y la amenaza de excomunión, o cualquier otro tipo de exilio respecto a una

* Integrante del grupo de investigación "Psicoanálisis y Filosofía/Filosofía y Psicoanálisis: encuentros, influencias y discusiones", (CIFYH).

Correo electrónico: andres_petric@yahoo.com.ar

comunidad más o menos definida por el calor de la supuesta pertenencia, incluso de uno consigo mismo.

El atravesamiento tiene así notas de desesperación y de ironía. Todo depende del grado de creencia en la existencia del *dos-campos* delimitado.

Porque incluso en esos casos en que la transgresión conlleva la muerte, se pone realmente en juego la vida y la barrera no funciona como advertencia, el atravesamiento puede develar el carácter irrisorio de los diques con que se contienen nuestros anhelos.

El límite es un objeto como cualquiera que tiene un fuerte eco, un aliento marcado al Otro y sus equívocos (Miller, J-A., 2008, p.233). Su perforación puede generar algunas emociones por demás intensas y reacciones impredeciblemente vivaces. Por eso, cuando es abordado desde el trabajo estetizante del artista, los resultados parecen ilustrar de forma singular cosas que en la comunidad misma permanecen veladas. Desde cierta perspectiva, lo que se pone en juego con las ensoñaciones, a veces cinceladas con estilo vibrante y preciso, otras con crudeza, es la naturaleza misma de todo límite, no así su necesidad.

Brillo, flash, vislumbre, eco, ruido, reflejo, todo indica ese efecto desconcertante, sublime, en el que el límite se resigna, es forzado, se derrumba sordamente, y muestra su virtualidad inmanente, su tramado oculto a los ojos ciegos por la incandescencia de su natural pregnancia.

La transgresión que conmueve buscando alcanzar el lugar de la Cosa, lo hace irrisoriamente diría J-A. Miller (2008, p. 208). La irrisión tiene que ver con ese efecto de prestidigitación, ese movimiento, transformación *in situ*, levantamiento del velo, en el que por un instante, solo un instante, se agita el pez más huidizo, el vacío (J-A. Miller, 2008, p. 209).

¿Qué vacío? Un argumento podría ser el que señala Lacan (2014) como “ese redondel quemado en la maleza de las pulsiones» (p.634). El celebrado “*Ya-Nadie*” (p. 635), corolario de la ocurrencia de Paul Valéry

Que nunca sepan que el Universo
Es un defecto, allí en la pureza
Del No-Ser.

II

El mismo año en que Lacan acuña la expresión antes mencionada (*ya-nadie*), está dictando su seminario sobre *La ética del psicoanálisis* (2011), donde el vacío es testimoniado bajo la forma de la vasija. Pero, cuando invocamos al vacío, al mismo tiempo invocamos su *más allá*. Entonces, de acuerdo a lo que venimos sosteniendo, ponemos a jugar, por ejemplo, la *centella* a la que alude Valery en el poema *Esbozo de una serpiente*, y asumimos que su fuerza lumínica también se hace presente en este seminario bajo distintas formas. Una de ellas es *el brillo de Antígona*.

Esa entrada fulgurante, inapelablemente conmovedora de aquella en la tumba, *sumun* de la crueldad, agitación del corazón, erección de las pilosidades del goce inadmisibles. Todo en el paseo al que nos conduce Sófocles. Pero también Sade y sus ideas puestas en juego en el personaje de *Pío VI* (Lacan, 2011, p. 254-255). La aniquilación absoluta, que quite a la naturaleza el asidero seguro de la regeneración permanente, tras ese llamado al *ex nihilo*, efecto del significante en el hombre.

El más allá de la *raya*, la posibilidad de una destrucción sin resto, la locura cromosómica (Lacan, 2011, p. 277-278), se sostienen en una vía en que se agita un terreno ignoto y temerario, *más allá* del miedo incluso, cuya formulación muestra las dificultades para su encadenamiento (*hediondez, corrupción, podredumbre*). El inconsciente se asienta incluso al borde de este campo radiante, como *memoria de lo que olvida* (Lacan, 2011, p. 279).

También el deseo perverso, más allá del *Eros natural*, a donde apunta Sade con sus arquitecturas literarias supervivientes al *deseo natural* (Lacan, 2011, p. 280), aquel que se rinde primero, prestando así un terreno infértil propicio para embarcarnos en la pregunta sobre *el misterio del deseo* (Lacan, 2011, p. 280)

La barrera que agita las aguas de lo no conocido es su fundamento.

La destrucción puesta en juego por el personaje sadeano es aquella que por efecto del significante pone en marcha la fuerza del creacionismo, donde los ciclos pierden sus recursos y son desvirtuados hacia nuevos e inimaginables rumbos. Incluso el hombre, tomando a su cargo la persistencia de los ciclos naturales en los ritos más ligados a la tierra, por instituirse como sujeto (en términos de Lacan) en tanto significante elidido

de la cadena (Lacan, 2011, p. 270), puede olvidar, saltarse un elemento, y carga así con el peso del mundo al hombro.

Coextensivo a estas formaciones atemporales tenemos la cuestión del Bien, tal es presentada por Lacan en las clases dictadas el 11 y 18 de mayo de 1960 en el *Seminario*: “La dimensión del bien levanta una muralla poderosa en la vía de nuestro deseo” (p. 277).

Someramente, el bien es el reparto e implica la privación de gozar del mismo. La pregunta por el más allá del bien es casi su doble. El deseo se destaca sobre este fondo y se escabulle metonímicamente de los límites de la naturaleza, en lo que es destacado por Lacan como las *delectaciones asaz estériles* de un escritor *no carente de talento* (Lacan, 2011, p. 280).

III

El norteamericano Henry Miller es el autor aludido, mencionado con nombre y apellido el 30 de marzo del mismo año (Lacan, 2011, p. 242), siempre un escalón o más abajo de Sade en cuanto a lo que llama esa extraña *literatura experimental*, donde el sujeto es arrancado de sus ataduras *psicosociales*, según Lacan.

Henry Miller, censurado en su país por obscenidad, escribe algunas notas sobre su arte y la forma en la que ha de entenderse lo que escribe, o mejor dicho, lo hace porque no se entiende lo obsceno en su escritura. El texto se llama *La obscenidad y la Ley de reflexión*, publicado en 1947. Un tratado sobre la censura, la forma como funciona esta y donde encuentra su justificación. Y lo hace no sin sutileza, apelando a la idea (*Ley de reflexión* la llama) que ubica al censor en ese punto donde lo que se censura es la propia tendencia de éste.

El censor defendería a la sociedad de sí mismo y no de unas expresiones cuyos efectos puedan medirse como perjuicios al menos constatables. Ideas tomadas de Theodore Schoreder y del mismísimo Ernest Jones. Su experiencia con la censura lo lleva a decir que esta se vence a sí misma, ya que no hay mejor publicidad para una obra que su prohibición, siendo lo único que logra agrandar el prestigio de la misma, derivándose incluso a los canales clandestinos de venta y con suerte, a la celebridad en los ámbitos académicos. Este hecho es tomado por el autor del ensayo como una confirmación de que el intento de control por persecución o proscripción fracasa siempre.

Llega así al punto que más le concierne, el uso del lenguaje obsceno, escatológico, en su obra. Para ello despeja un malentendido irreductible: el lenguaje, materia que el escritor trata de un modo especial, también es un medio para comunicar. Se genera entonces la suposición de que hablamos de un mismo objeto, cuando en realidad las amarras están sueltas, son del orden de la homonimia.

El lenguaje obsceno según Miller es un *recurso* del autor ante un mundo (pos guerra) que él juzga como dándole cada vez menos relevancia al hecho artístico. Un mundo desgarrado por la destrucción y la amenaza de cataclismos peores, donde lo auténticamente obsceno, en los términos bajo los que la censura esgrime como supuesta afrenta del escritor frente a lo social, es dado por *el prodigioso* “carácter maquinista de la guerra emprendida [...] una guerra de materiales, una guerra de predominio estadístico”. (Miller, H., 2013, p. 83)

El paralelismos con lo que Lacan señala en el seminario aludido (18 de mayo) es notorio:

No serán los perversos quienes la desencadenarán [a la catástrofe], sino los burócratas, acerca de los cuales ni siquiera habrá que saber si serán bien o mal intencionados [...] cuya tarea será la reabsorción de un desecho insondable (p. 280-281)

Ambos perciben el fantasma de una destrucción inmanejable, una máquina echada a andar, sin freno, sustentada en la ciencia y la burocracia: “El político, el soldado, el industrial, el técnico” (Miller, H., 2013, p. 87), enumera Miller.

Correlativa a la pregunta de Lacan ¿hemos pasado la raya? (Lacan, 2011, p. 278), Miller se pregunta *dónde reside lo obsceno*. Uso pleno de la ironía, pues expone que la imputación de tal carácter puramente a lo sexual es “negarnos a nosotros mismos el manjar de la extensa gama de aversión-repulsión que la vida moderna pone a nuestro servicio” (Miller, H., 2013, p.92).

Volviendo a lo obsceno como recurso, cabría una fugaz distinción respecto a lo pornográfico. Para Miller (Henry), este último es pura incitación y se encarama en la elisión del principio *no hay relación sexual*. Queda preso de la reiteración y la mera incitación vana. Sin ser los términos exactos del psicoanalista francés los utilizados, el escritor norteamericano tiene en claro algunas cosas: “Seguir la historia de la actitud del hombre

frente a lo sexual es como recorrer un laberinto cuyo centro estuviera situado en un planeta desconocido (2013, p. 90).

Ubica así lo obsceno del lado de una interpelación en torno a las barreras-al-pensar, y lo hace equiparándolo con las apelaciones al despertar semejantes a las de los Maestros Zen: “cualquier recurso es válido, incluso actos que podrían calificarse de sacrílegos, en pos de despertar a sus discípulos” (p. 94) Algo con lo que Lacan estaría muy de acuerdo. Su forma de entender la intervención del analista abrevia en la misma matriz desde el comienzo de su enseñanza.

Miller justifica, si cabe, ese estilo y esas elucidaciones desde la audacia, terreno que no es inmune a ser imprecado como una mera vulgaridad. Levantar el velo con el gesto violento del creador, en un vuelco que pone todo en cuestión desde la forma. *Estallido de la larva*, es el sintagma con que grafica ese estado de raptó y violencia en la palabra, donde cualquier recurso es extremado.

IV

Hay todo eso, pero se es ingenuo si se supone que la transgresión es real. “No se transgrede nada”, recuerda Miller (Jaques-Alain) (2008, p. 227). No es una ruptura ni la caída de ningún muro. Para que esto suceda, las cosas deben andar un siglo (al menos) en las profundidades del gusto, como escribe Lacan en *Kant con Sade* (2014, p. 727).

Lo que sucede, sucede en el terreno que el psicoanalista francés señala como el de lo bello, última barrera ante la Cosa, y lo que del deseo permanece misterioso para el sujeto (Lacan, 2011, p.285): “[...] la función de lo Bello: barrera extrema para prohibir el acceso a un horror fundamental” (Lacan, 2014, p. 737).

La relación entre lo bello y el deseo es ambigua y se vale del señuelo. Algo del deseo se engancha al señuelo, incluso en el ultraje, tal el muestrario sadeano, en donde lo bello es la garantía de la indestructibilidad. La segunda muerte es esta pervivencia *más allá*. En la página 354 del seminario mencionado Lacan (2011) dice que cualquier objeto puede hacer vibrar el espejismo de lo bello.

Figura límite, perseguida por Lacan en la pieza *Antígona*, en el brillo y en la fascinación que emana de ella con el acceso a ese campo del *entre-dos* en el queda atrapada, principio del efecto que la tragedia provoca y don-

de fulgura el atravesamiento, el rayo del deseo, dice Lacan. Y resuena el despertar a partir de la conmoción. Este reflejo en el que espejea algo que atrapa y a la vez repele, toca la *reflexión* a la que alude Henry Miller.

El trabajo del artista, su peregrinar en pos de la coherencia respecto a sus intuiciones, ante las cuales no retrocede, y por mantenerse en esa vía empecinadamente es llevado al límite, revela, justo cuando parece agotar toda garantía de expresar lo que llama *su visión*, un *resplandor de lo obscuro*. Y ese resplandor es el movimiento que anticipa o precede al nacimiento, la objeción primera dirá Lacan (Lacan, 2011, p.310).

Lo bello surge por reflexión en tanto se sitúa un límite, y el juego de franqueamiento. Así se evoca a Sade y esa segunda muerte, consustancial a la idea de *crimen*, aquel acto que reconstituye el origen, que toca el universo en su no ser fundamental, quitando a la naturaleza de las cadenas de sus ciclos permanentes, y poder llegar así al momento en que todo fundamento pierde asidero. Es sin duda el significante tocando su propio vacío resonante. Y, por más altas que lleguen las olas del lenguaje, es un *fantasma irrisorio* (Lacan, 2011, p. 312)

Lacan propone a la tragedia como un *desmoronamiento*, efecto de una temporalidad precisa en la que los hilos se tensan de tal manera en que se llega al punto en que la máquina ya no responde y ya nadie la puede detener. Y en el centro de la escena, está el héroe y el deseo. Lo bello anticipa, demasiado tarde ya, lo que va a suceder. Ese vilo paradójico nos permite gozar del límite, entre forzados y complacidos. ¿Es la barrera puesta en el lugar de la Cosa?

La tragedia existe porque hablamos, es a partir de los enredos con el lenguaje que algo puede ser sostenido y lleva el conflicto más allá; el *ex nihilo* puede ser la cura o la radical perdición. Antígona se sitúa en el límite. Trae al mundo con su fuerza empecinada aquello que había sido dejado por fuera del orden del lenguaje. Monta una operación a costa de su vida para que el nombre de su hermano sea inscripto en el margen significante. Lacan ubica el instante en que ella es encerrada en el espacio de ultratumba, instante de atravesamiento, cuando la luminosidad de la pieza cambia y se genera ese flash enceguecedor que es el de lo bello actuando, pero va más allá, y pone en el eje de la actuación de Antígona al *deseo puro*, no otro que deseo de muerte, *centro anamórfico de la tragedia* (Lacan, 2011, p. 339).

Este vuelco nos lleva al punto central, en el que el hombre se relaciona con el lenguaje, más precisamente con lo que Lacan llama el *corte*. Allí es

donde se puede sopesar la idea: “El efecto de lo bello resulta de la relación del héroe con el límite[...]” y el límite solo se alcanza, se percibe en esa vibración que en sí cualquier objeto puede hacer surgir, como un relámpago o un espejismo, descontándose incluso (sobre todo, cabría decir) de lo bello ideal. Es en definitiva lo que brilla en la conquista de una legalidad propia, “esa Ate, aunque no siempre alcance lo trágico[...]”(Lacan, 2011, p. 358). Allí dice que lo que el sujeto conquista en un análisis es su propia ley; aquella que, como en la Ate de Antígona, ya se empezó a articular antes que él. Pero no necesariamente el final ha de ser trágico. En la página 373 presenta lo cómico y entra en juego lo irrisorio, a diferencia de lo trágico con lo que Lacan llama el triunfo de ser-para-la-muerte. Pero el triunfo de la vida es del orden de la escapada, la huida. Para él la vida es una escapada a las barreras del significante, como en una mueca involuntaria y elocuente.

Aquí se genera un nuevo vuelco con la aparición de la idea de lo cómico y la escapada, incluso de lo bufonesco podemos agregar, algo con lo que sin duda Henry Miller se sentiría más a gusto:

Coqueteamos con el destino y nos arrullamos con mitos para dormirnos. Nos morimos con los sufrimientos de nuestras propias leyendas trágicas como arañas atrapadas en sus mismas telas. (Miller, H., 2013, p. 98)

“Caminar por el borde del abismo, gozando con el éxtasis del vértigo, pero rehusando ceder al hechizo de lo desconocido” (p. 98), sin caer, como el funámbulo, agregaría Lacan.

Un goce *sui referencial*.

Bibliografía

Lacan, J., (2014). *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Lacan, J., (2011). *El seminario: Libro 7*. Buenos Aires: Paidós.

Pellegrini, A; Lawrence, D.H; Miller, H. (2013). *Lo erótico como sagrado: Pornografía y obscenidad*. Buenos Aires: Argonauta.

Miller, J-A. (2008). *El partenaire-síntoma*. Buenos Aires: Paidós.

